

■ Guillermo Mondejar
Jorge Ricci
José Corral

Orígenes y desarrollo del Taller de Cine UNL

GUILLERMO MONDEJAR:

Mi relación con el Taller comienza allá por el 87 u 88, cuando me enteré de que en esta ciudad y en Rincón se estaba filmando una película, que resultó ser **Nadie nada nunca**, que luego vi en el Festival de Cine Argentino de Proarte. El clima que se sentía alrededor del film hizo que me acercara al Taller poco tiempo después.

Se habló aquí de este espacio como “un lugar para el arte” y me parece que esa es una apreciación justa. Somos más de mil personas las que pasamos en algún momento de nuestras vidas por el Taller de Cine de la Universidad: algunos continuaron, otros no volvieron, otros, sin hacer cine, de manera intermitente, seguimos en contacto con el Taller, desde nuestros propios lugares. El mío es la edición de libros, y sospecho que hay semejanzas entre la edición de libros y la realización de películas; por ejemplo al buscar la estructura de una obra o cuando hablamos de la relación entre *hacer* cine y *pensar* el cine. (Entre paréntesis: esto me recuerda uno de mis fracasos editoriales, una revista que se llamaba *Hacer/Pensar*, que llegó sólo al segundo número.)

En esta ocasión nos reencontramos muchos de los alumnos del Taller de distintas generaciones y coincidimos en su importancia, no sólo para perder nuestra ingenuidad como espectadores —y así poder emocionarnos pero al mismo tiempo ver planos, encuadres, puntos de vista—, sino que además, hayamos quedado más cerca o más lejos del cine, coincidimos en que el Taller “nos marcó”. Voy a dar un ejemplo: Cuando se filmó a Alfonsín en un despacho de la Universidad (**La Convención**, 1995), en el momento en que se terminaron de filmar esas tomas, que están en la película, sentí que había aprendido mucho. Quizás

lo menos que aprendí es a hacer una toma, pero vi cómo, para alcanzar determinados objetivos, es necesaria una “tensión”, que es algo difícil de transmitir, pero que se encuentra en momentos decisivos de muchas actividades culturales, e incluso cotidianas. El Taller de Cine nos educó, nos educa, para sentirnos, como personas, como ciudadanos, cerca del arte, o por lo menos para no sentirnos ajenos al arte. Y nos enseñó que el arte toca cuestiones que nos ayudan a vivir y a entender la vida. Y además deja cosas. Raúl cuenta lo que dejaban las clases de Saer o de Gola en el Instituto: se iba corriendo a comprar ese libro mencionado con entusiasmo por Saer o Gola, para poder compartir ese entusiasmo. En lo personal recuerdo que, después de las clases de cine, fui y compré libros de Saer. Podemos decir que se pasó la posta a nuestra generación.

Transcurrieron 30 años, se hicieron 89 películas, y 9 *Cuadernos de Cine Documental*. Estas tres películas por año durante estos treinta años parecen un milagro. Pero sabemos que no es un milagro, y entonces deberíamos preguntarnos qué fue y qué es lo que hace posible esta producción y esta continuidad del Taller.

Tengo algunas sospechas. Viendo las películas que se realizan aquí, primeros o segundos films, inicios de la relación con el cine, lo que se advierte es que son muy diversas. No hay obligaciones en cuanto a temas, procedimientos, estilos. No es imperativo filmar documentales, como sí sucedía en el antiguo Instituto. En el Taller, entonces, hay *libertad* para filmar. Y hay que destacar esto cuando se mencionan algunos mitos sobre el cine en esta ciudad. No es casual que el propio director del Taller diga, hablando del cine santafesino: “Cada uno a su manera, con las

limitaciones de una mirada insuficiente o una decisión equivocada, estos films hablan de nosotros, los que vivimos en este lugar y en este tiempo”.

Este texto está en el libro de Raúl Beceyro *Cine y región*, que lleva una introducción de David Oubiña y que coeditamos las Universidades Nacionales del Litoral y de Entre Ríos. Respecto de este libro voy a cometer una infidencia. Cuando surgió la idea de realizarlo, hablamos con Raúl planteándole esta necesidad: la colección El País del Sauce debería tener un volumen dedicado al cine y la región. Le propusimos que se encargara de ese libro, seleccionando textos (propios y de otros autores) y que escribiera una introducción. Raúl no aceptó, nos dijo que no le era posible escribir por encargo. No logramos sacarlo de esa negativa, pero tiempo después me di cuenta de que en realidad ese libro ya existía, ya estaba escrito, y sólo había que “montarlo”, como a una película. Porque había ensayos, había guiones, proyectos, películas, y era posible organizarlos en un libro.

En la tarea de búsqueda, descubrimos que existían muchos materiales, desde textos escritos hace más de cincuenta años —trabajos prácticos de la época del Instituto firmados grupalmente, por ejemplo— hasta ensayos o películas actuales, que sustentan ideas y principios recurrentes. Los mismos núcleos problemáticos que se siguen trabajando.

Entonces, según lo que dijimos al principio, la *libertad* sería la primera pata de un hipotético trípode que sostiene la producción de cine en la Universidad y, como consecuencia de lo que acabo de enunciar, la segunda pata es la *coherencia*. Y dentro de ella persiste una idea simple, que puede ser enunciada así: *el cine es arte y el documental es cine*.

Esta coherencia, esta persistencia, implica también

cierta esperanza. Y esta quizás pueda advertirse en películas recientes de Raúl y Marilyn. Tanto en **Rafaela** como en **Cielos azules** hay situaciones en que aparecen alumnos de escuelas secundarias, hablando de su futuro, y hablando del futuro. Y en las dos películas, directa o indirectamente, uno escucha que se le pregunta a esos jóvenes: ¿Qué van a hacer? ¿Van a hacer cine? Y en esa esperanza encontramos parte del motor de la producción del Taller.

Falta la última pata. Este tipo de cine, este cine que se aprende haciéndolo, que se hace y se piensa, este cine sin obligaciones pero con principios, este “cine contra espectáculo”, utilizando la fórmula de Jean-Louis Comolli, no dispone de productores o financistas. Es allí, en ese espacio vacante, que la Universidad asume su compromiso y cumple con una de sus tareas, que es defender y promover nuestro patrimonio cultural. Lo hace a veces con convicción y con responsabilidad, otras veces desconcertada, en una época en la que mandan el éxito, la desidia, el espectáculo. Pero aquí estamos, cumpliendo treinta años de enseñanza y producción ininterrumpida. Entonces, para completar el trípode, tenemos esta tercera pata: *la política cultural* de la Universidad. Y, cuando hablamos de la decisión política de alentar la actividad artística, debemos nombrar a las personas que, dentro de la Universidad, han desempeñado un rol muy importante en el nacimiento y la consolidación del Taller de Cine de la UNL. En 1985, cuando nace el Taller, Jorge Ricci era Secretario de Asuntos Culturales de la Universidad Nacional del Litoral. En el 2000, cuando comienza un período de expansión del Taller, José Corral era Secretario de Extensión Universitaria y luego fue Secretario General de la Universidad. Nadie mejor que ellos para hablar de los orígenes y el desarrollo del Taller de Cine.



JORGE RICCI:

Con el retorno de la democracia, los equipos técnicos que habían trabajado para que el Dr. Alfonsín fuera presidente de este país, tuvieron la generosidad y el coraje de proponerme para ocupar el cargo de Secretario de Asuntos Culturales de la UNL. En la política yo no era nadie; en la cultura: un hombre del teatro y de la literatura.

La cuestión es que, a los pocos días de este tiempo democrático, me hice cargo de un despacho en el Rectorado donde mi antecesor me había dejado un escritorio y un armario completamente vacíos.

Era lógico, con las dictaduras la cultura muere, desaparece o se exilia.

Con el aval del Rector Normalizador, don Benjamín Stubrin, comenzamos a armar un equipo que generara un proyecto cultural. Ese proyecto fue dando forma a Ciclos de charlas, Ciclos de música, Encuentro Nacional de Literatura, una nueva Reunión de Arte Contemporáneo, un centro de Publicaciones y, muy especialmente los Talleres de Cine, Teatro, Literatura y Artes Visuales.

La suerte me acompañó porque me traje de tierras lejanas a gente muy valiosa como Raúl Beceyro, Marilyn Contardi, Patricio Coll, Hugo Gola. Con ellos, con otros y con poca plata hicimos el milagro: devolver a la UNL su antiguo protagonismo en la cultura de la ciudad, la región y el país.

Hoy, algo importante en todo aquello cumple 30 años, y el Taller de Cine, con Raúl y Marilyn más una continua muchachada que los acompañan y que han llegado a filmar 90 películas chicas, medianas y grandes, y que continuaron con la breve pero jugosa historia del Instituto de Cinematografía creado por Fernando Birri. El Taller fue y es una pequeña y seria

usina del mejor cine que hay que aprender, sin concesiones, como debe ser el trabajo artístico. ¡A seguir filmando, muchachos, que Raúl y Marilyn los miran!

JOSÉ CORRAL:

Mi responsabilidad en la gestión universitaria se produjo justamente promediando los 30 años del Taller de Cine. En el 2000 yo era apenas treintañero, y usaba corbata por el mismo motivo por el cual ahora no la uso: en aquel momento para parecer más grande, ahora para no parecer tan viejo.

Yo conocía al Taller de antes, y creo recordar mi primer contacto con el grupo del Taller de Cine. Era el año 88 y yo era Secretario de Cultura del Centro de Estudiantes de Derecho y quisimos exhibir **La casa de al lado**. Hicimos esa proyección un poco tarde y no había muchos espectadores, pero algunos estudiantes de derecho sensibilizados por el cine estaban ahí. Estuve hablando con Raúl 5 minutos antes de la proyección, y lo presenté diciendo que a pesar de la crisis presupuestaria, y de que no teníamos fondos, la Universidad producía cine con mucho esfuerzo. Raúl inmediatamente me desmintió brutalmente: el presupuesto no tenía nada que ver, se hacía cine en cualquier condición, cuando eso se planteaba como algo necesario. A nadie le gusta ser desmentido en público, pero en ese momento pensé que con ese tipo me iba a llevar bien.

Y así fue, con todo el equipo del Taller. Recuerdo aquellas reuniones tan productivas, alrededor de la mesa en Extensión Universitaria, una época en la que me fue posible, en relación a muchas cosas, pero también en relación a la cultura, un trabajo consis-

te. En ese momento hicimos que Cultura volviera a Extensión, y tratamos de vincular enseñanza, investigación y extensión, convencidos de que si la Universidad hacía bien su trabajo, iba a producir un aporte sustantivo a la ciudad y a la región. Con el tiempo gente que formaba parte de ese grupo, en la Universidad, iba a desarrollar su acción en otros campos políticos e institucionales, un hecho que creo que en parte se debe a esa brecha que abrió la Universidad. Y pensando en estos 30 años del Taller de Cine, creo que la Universidad es el lugar que mejor le queda al Taller de Cine, porque es el Estado en sentido amplio, pero también es un espacio público que está atravesado por una horizontalidad que no tienen otros espacios del Estado. Lo sé por experiencia, y he visto cómo el Estado se confunde con un gobierno, en un vicio del presidencialismo y una concepción más piramidal. Si hay una institución horizontal, es la Universidad, en la que todos sienten que tienen autoridad, y la tienen, porque es la autoridad que les da el saber, el conocimiento específico. Y quisiera aquí hablar de un Proyecto trunco, que intentamos transitar, y que tuvo un hito importante en la "Tecnatura de Producción en Cine y Video". Se trató de comenzar un camino que condujera, incluso, a la construcción de una Facultad de Arte, con una Escuela de Música (el actual Instituto), una Escuela de Cine, una Escuela de Artes Plásticas, y quizá alguna vez eso florezca. Pero mientras tanto se enseñó, se investigó y se transfirió al medio social una serie de saberes y de haceres, que se fueron acumulando en el Taller, y que tienen que ver con una historia muy rica de la región, y que tiene que ver con la literatura, con el cine del viejo Instituto, con la poesía, con la música, y sentía que mi función dentro de la Universidad era cuidar

todo ello y darle ese entorno, ese contexto, que solo la Universidad puede dar.

Sabemos que la Universidad ocupa en esta ciudad, en la región, en el país un espacio social y un espacio político, pero siempre cuidamos que no se convirtiera en un comité, un actor político, y quisimos que preservara la especificidad de la Universidad, su rol específico: producir conocimiento y transferirlo.

Es esa misma concepción que tienen los integrantes del Taller de Cine, respecto del cine. Es una posición difícil, porque no es que estén descomprometidos de su entorno, de ninguna manera, ya que pienso que estas películas van a ser la mejor pintura de la Santa Fe de estos 30 años, sino que nunca dejan de respetar la esencia del cine, que es su posibilidad artística, su aptitud a producir belleza, que trasciende a su tiempo. El taller incluso formó a gente muy comprometida políticamente, pero que no malversa el cine poniéndolo al servicio de alguna idea previa, sino que conserva el lugar específico del arte. Es un poco lo que sucede con la literatura de Saer, que mantiene viva esa tensión entre la región y lo universal.

Eso que me enseñó el Taller y me enseñó Saer queda como una especie de norte, y como un desafío. Para los que hacemos política existe también esa "tensión", palabra que utilizó Guillermo y que de alguna manera atraviesa todos nuestros quehaceres. Cómo poder ocuparse de los problemas de todos los días sin perder de vista los procesos que trascienden esa realidad cotidiana, y poder hacerlo desde un lugar de reflexión, desde un lugar crítico, sin sucumbir a las modas o al aire de la época, sin aceptar ningún dogma. Quisiera agradecer que nos hayan permitido formar parte, algún tiempo, de la historia de los 30 años del Taller de Cine.

